

SOCIEDAD ELEFANTE

SANZ Y UNG
HAY DE
LA TIERRA
SANCHEZ
BARRILETO
VALLEJARES
HERNANDEZ
SANCHEZ
FRANCO

El tamaño del Rorcual
es lo de menos.
Poco importa si su peso
es de 100 ó 150 toneladas,
o si es capaz de partir en dos un barco
con un azote de su cola.
Poco importa si su sonrisa de cepillo
es la más grande y sincera de la tierra,
o si carga un géiser sobre su espalda
o si es una fuente de agua
bendita por su alma.
Poco importa si respeta
a sus congéneres
o si es inofensivo,
o si su ego es mas pequeño
que sus ojos de caracol.
Al final el Rorcual siempre será
el Elefante del mar,
el monarca sin trono.
Porque así lo decidió Neptuno,
como decidió que el rey
fuera el antropófago.
Aquel que ostenta el espolón
sobre sus lomos,
la cimitarra asesina de cristianos.
El que sonríe con sarcasmo
y muestra los serruchos entre las encías.
El tiburón y su olfato de vampiro.



H
I
E
N
A
S

Entre la agitada respiración
de la Leona y la fosforescencia
en los ojos de las Hienas,
dominando la llanura del Serengeti,
sólo se oye la taquicárdica risa
de quienes ven
sobre una bandeja de plata
al cazador transformado en banquete,
mientras en medio del infierno
la furia es sólo una imagen
en la memoria de la fiera,
sus garras descansan sobre el suelo
como parte de una sumisa
esfinge de piedra,
y sus colmillos se esconden
tras la resignación de ver
que el carnicero círculo
ha terminado por cerrarse.
La euforia de las crines erizadas
ha encontrado el premio
a largas horas de espera,
y el herido cuerpo del felino
será deliciosa carroña al amanecer.

MIGUEL ANGEL SANZ CHUNG

ser humano

deste mi reino, Señor,
entre el espanto me vi:
desta mi pesadilla,
no encontrarme, espero.

A C Ú S T I C A

Sabes
no sé en que momento
vacilaste entre estribor y babor
porque desde aquí abajo
sólo veo más barcos hundirse

En estos momentos
los náufragos
(aunque estén con salvavidas)
conversan con Poseidón
porque los lleve a una isla

Ahora caen
hacia el fondo
aproximadamente varios miles
de ellos
saliendo a flote
sólo burbujas

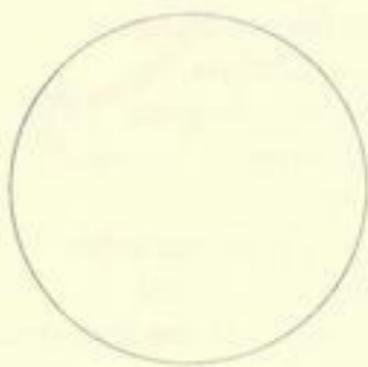
Rara forma la de formarse
las islas

JOSÉ AGUSTÍN HAYA DE LA TORRE

O
J
O
S

D
E

T
S
U
N
A
M
I



Qué ola
muere
en cada
parpadeo
con el Sol

Ojos de tsunami

(sueño de Noyuri)



M E G U S T A V E R

Me gusta ver
al cielo
más allá de las seis de la tarde:

Hora de pájaros
olas
y ciempiés

tiempo de esperar al fuego más oscuro
para despertar el apetito

y gemir.

DIEGO ALONSO SÁNCHEZ BARRUETO

SOBRE LA OTRA ORILLA

Sobre la otra orilla
Está mi luz mi abismo
Mi frente hollada por los siglos
Entreabierta en las estrellas
La que jugaba con ropa extraña
Ahora recogeré cada mañana
Con el temor de haber sido
Un día bajo la otra orilla

SON PRECARIAS

Son precarias mis advertencias,
Mis insanías
Que vuelven sobre su hombro
El envejecido pasar de su sombra.
En su insania navega la pluma
Que descansa, que vigila su morada
(El geométrico lugar de su descanso)
La lengua abatida
Triste forma de mi abecedario
Sucumbe bajo la nube seca.

LUIS VALLADARES HERNÁNDEZ

Detrás de

—¡Detesto estas noches!- refunfuña Cony guardando la pistola en su cartera. —¡Tendré que mojarme toda!, ¿acaso no has visto como llueve?.

—Sí— responde Klaus. Sólo presta atención a medias a lo que dice Cony. Trata de mirar qué es lo que la lluvia copiosa y viscosa oculta. La casa está a oscuras y en silencio, pero él sabe que debajo de esas tinieblas duerme el hombre a matar. Eso lo sabe Klaus, pero no Cony. Él le ha dicho que el arma es sólo para que ella se sienta más segura, no hay más que entrar, tomar los papeles. Es tan sólo un segundo, un juego de niños. Nadie podrá verte, nadie está fuera de su casa en esta noche que se nos viene abajo en forma de babas. Estas lluvias son las que dan miedo, las que nos ponen como niños debajo de las sabanas, entiendes linda, él ni siquiera te va a sentir, el quemado no te va a sentir.

Cony pone cara de que entiende. Ahí a un lado de la carretera, Klaus le habla con esa voz deshuesada y mental que se utiliza en las confidencias. No le mira a los ojos. Su mirada recae en la frente o en las mejillas blancas de Cony. Ella también evita verle a los ojos, observa la boca, mira por sobre el hombro de Klaus, trata de adivinar el tamaño de un árbol por la forma de su sombra. Se ve que presta atención, se ve que está tranquila, con su pelo rubio hecho un moño y la cara despintada por esa lluvia que tiene manos. Están dentro del auto. Klaus le explica, repite, como tratando a la vez de convencerse, que no hay que tener miedo, que no hay por qué. Y ella ha entendido, claro, no era tonta y no tenía miedo, tranquilízate cariño, una mujer como yo con miedo, imagínate.

la lluvia

Klaus conduce. Ella de tanto en tanto rompe el silencio diciendo que detesta este tipo de noches. Klausha comenzado a pensar que sólo serán cinco minutos de esa casa a la frontera. Nada puede salir mal, nada puede.

Sus músculos están adoloridos por el esfuerzo hecho en la tarde. Nada puede salir mal. Los brazos le arden por los mordiscos que recibió por parte del viejo; vaya forma de pelear del viejo. Cony sigue quejándose de esta noche de perros. Nada tiene que salir mal. El quemado ni se inmutó al verme entrar a su cuarto, ni cuando vio como estaba de golpeado el viejo y de cómo lo arrastraba hasta el pie de su cama. Cony pide que cierre la ventana bien porque este auto es una heladera. Y el quemado hasta sonrió cuando saqué la pistola y la puse en su frente. Y el viejo que me miraba con rabia y miedo, y el viejo con la boca llena de sangre. Nada va a salir mal. Pone música. Pone Dylan. Escucha, pero le parece, y no puede dejar de horrorizarse ante eso, eso que es como una sensación, que él está escuchando más a Dylan que Cony. Se le ve tranquila, apenas iluminada. En la oscuridad parece sonreír, una sonrisa a destiempo o en contrapunto con la mirada. Cree que no tiene que explicarle que no es un robo, que no hay crimen en esto. Ella le interrumpe con sus ojos filosos, con esos ojos azul filosos que lo interrumpen todo. Le dice tácitamente, con ese silencio de ahuyenta lluvias, que todo está entendido y que está tratando de escuchar a Dylan a falta de cigarrillos.

—Dame un beso— le pide Cony, con frialdad, con medio cuerpo fuera del auto. Klaus alcanza a susurrarle que tenga el arma en la mano y que el quemado no la sentirá, que

confie en él. Se ve que ella quiere estallar en risa y a la vez en llanto. Se ve que esa indecisión y la sonrisa de Klaus tan sólo la hacen salir del todo y avanzar lentamente bajo la lluvia, por una calle tragada por la noche, masticada por la tormenta; con la pistola empuñada a la altura de la cadera, como una aparición, como un fantasma de traje azul y de veinte años.

Klaus voltea la mirada y la clava en el volante. Luego deja caer la frente, que rebota, sin dolor, sobre el claxon. La bocina estalla al mismo tiempo que un trueno. Trueno tras trueno se suceden. Se sumerge en un tiempo donde ideas y recuerdos arden o se muestran incandescentes y vaporosos. Las tardes planeándolo todo, la barrera infranqueable entre él y Cony, aún en los momentos más íntimos, sobre todo ahí. Ese muro que sólo permite escucharla, pero no deja verla ni tocarla; el muro de lo imposible. Todo había sido fácil, salvo por los mordiscos del viejo, vaya forma de defenderse, y por la forma en que tuvo que desaparecer al quemado, al verdadero dueño de la casa. Fuera y después de eso, Cony sería otra: un ser más físico, una gruta con antorchas; el cuerpo vivo del amor.

Empieza a sentir que su cara está mojada. Sin darse cuenta ha llorado. Cierra los ojos con fuerza, como pretendiendo no abrirlos jamás. Y ve. Ve que Cony entra casi sin pisar el suelo, controlando la respiración, tratando de no pensar mucho en lo que está haciendo. Ve como ella se tropieza con las sillas de la cocina, que avanza a ciegas (no sólo por la oscuridad sino porque ha cerrado los ojos) por un vestíbulo. Ve que el gozne de esa habitación gira sin dificultad, sin chirriar. A tientas, puede encontrar la cama. Recoge todos los papeles con la mano que le queda libre, mientras siente que la pistola, en la otra mano, está totalmente húmeda

de sudor. No tarda en rozar con los dedos la pierna del viejo. Este, al sentir los dedos crispados, emite un quejido, como si le hubieran pasado electricidad o como si lo hubieran despertado de golpe. Cony le dispara, tratando de darle al ruido y a su miedo, y no a alguien. De no tener el arma hubiera pedido silencio o gritado basta o simplemente gritado. Ve que ella deja caer el arma y que abre los ojos y que le basta la semifosforescencia nocturna para que se de cuenta de que el viejo tiene la cara rota por el balazo, pero aún con esto puede ver en la mirada muerta el asombro triste y helado de ver a su Cony dispararle. Deja caer los papeles, se toma de los pelos y se pasa las manos por el rostro con ganas de arrancarse la piel. Y luego, simplemente por hacer algo con su miedo, corre hasta el auto, donde entra en silencio, con la cara lívida, la respiración agitada, temblando de terror, justo cuando él abre los ojos. Klaus arranca, pasa saliva, pasan algunos kilómetros; se atreve a mirarla. Cony no trae nada en las manos. Cree que es bueno decir algo:

—Hace veinte minutos pasamos la frontera, linda—.

Cony mira por la ventana, como queriendo ver detrás de la lluvia, como logrando ver.

1317

RORCUAL—1

HIENAS—2

MIGUEL ANGEL SANZ CHUNG

ser humano —3

ACÚSTICA—3

JOSÉ AGUSTÍN HAYA DE LA TORRE

OJOS DE TSUNAMI —4

ME GUSTA VER... —5

DIEGO ALONSO SÁNCHEZ BARRUETO

SOBRE LA OTRA ORILLA —6

SON PRECARIAS —6

LUIS VALLADARES HERNÁNDEZ

DETRAS DE LA LLUVIA —7

MOISÉS SÁNCHEZ FRANCO

SOCIEDAD ELIÉANTE

2000 Número 1

UNMSM

UNMSM-CEDOC